

la ventajosa posición de su enemigo, se contentó con hacer algunas pequeñas correrías en el Abruzzo, aunque sin poder jamás cortar la comunicación del cuartel general con el interior del reino.

64. Cuando á favor de estas correrías entró el general austriaco en Terramo, hizo publicar un manifiesto que comprendía la resolución y los motivos que habían determinado á la augusta hija del Emperador Carlos VI á invadir el reino de las Dos-Sicilias. Oponiase este manifiesto al que había publicado en semejantes circunstancias el Rey Católico, cuando encomendó á su hijo don Carlos, entonces Infante de España y gran duque de Toscana, la conquista de Nápoles, y á la manera que Felipe V ofreció entonces grandes ventajas á los napolitanos, así ahora les prometía la Reina María Teresa amplísimos privilegios contenidos en los catorce artículos que comprende su manifiesto. A pesar de la moderación que ostenta en el gabinete de Viena, inculpa sin embargo injustamente al Rey D. Carlos, como si hubiese quebrantado la neutralidad sin motivo alguno contra la fe de los tratados anteriores, siendo por el contrario cierto y evidente que el Rey de las Dos-Sicilias no emprendió la guerra sino cuando vió atacados los límites de sus propios dominios. Engañóse también la corte de Austria en suponer que no se lograría la paz de Italia mientras que reinase en Nápoles un Príncipe de la casa de Borbon; é igualmente en tentar á los napolitanos con magníficas promesas á que se sujetasen voluntariamente al dominio del imperio. Porque lejos de abrazar estas ideas la nobleza y pueblo de Nápoles, reuniéndose en una

especie de congreso luego que tuvieron noticia de aquel manifiesto, y sentidos vivamente de que se tratase de tentar de aquel modo su fidelidad, redoblaron sus esfuerzos para dar á su Soberano nuevas é incontrastables pruebas de su lealtad y constante celo. Determinó cada uno de estos pueblos enviar diputados al Rey para atestiguarle en la forma mas solemne sus nobles sentimientos; y á fin de que no quedase lugar á duda alguna, á mas del impuesto ordenado por el Monarca para los gastos de la guerra, remitieron á su Magestad un donativo voluntario de trescientos mil escudos.

En verdad no es de estrañar, aun prescindiendo del antiguo afecto de los napolitanos al dominio hereditario de España, mostrasen en esta ocasión tanta repugnancia en someterse al gobierno austriaco. De simple provincia del imperio habían pasado á constituirse en reino absoluto é independiente: en lugar de un virey temporal ó amovible y poco atento por lo comun á las necesidades é intereses del país, habían logrado un Rey propio, que estableció su trono y residencia entre ellos, y que les proporcionaba todos los bienes de una monarquía moderada y hereditaria; habían finalmente comenzado á gustar la diferencia que mediaba entre su presente y su anterior estado, y no debían en consecuencia ni podían en manera alguna renunciar tantas y tan reales ventajas.

65. Entretanto continuaban los ejércitos enemigos su respectivas operaciones, permaneciendo siempre en las cercanías de Velletri, donde cada uno había establecido y fortificado su posición. Las escaramuzas eran

continuas, pero nada decidian y nunca se llegaba á trabar una accion general. Era este plan favorable al Rey de Nápoles, á quien convenia cansar y debilitar á su enemigo, teniéndole siempre alerta en medio del campo, mientras que él estaba á cubierto dentro de la ciudad. Mas el Príncipe Lobkowitz, que conocia bien los inconvenientes de su situacion, determinó acometer la ciudad de improviso; pues si lograba dar el golpe con felicidad, terminaba en un solo dia la guerra de Italia con la aprehension del Rey D. Carlos y del duque de Módena, á quienes meditaba sorprender mientras dormian. En efecto, una hora antes de amanecer entran los austriacos en la plaza por diferentes puntos: cae muerta toda la gran guardia: cualquiera que intenta resistir es degollado ó hecho prisionero: todo en una palabra cede al impetu del asaltador que difunde en la ciudad el terror y la consternacion. El embajador de Francia, á quien habia despertado el ruido, corre precipitadamente á palacio para salvarse: el mismo Rey saltando de la cama y sin detenerse á tomar su uniforme, pudo á duras penas salvarse con espada en mano en compañía del duque de Módena, y retirarse á su campamento atravesando la ciudad por entre una lluvia de balas. En un momento quedó inundado el palacio real de soldados alemanes y saqueado, como tambien todas las casas de Velletri; pero esta misma distraccion de los austriacos, que en vez de perseguir á los que herian, se estuvieron cebando en el pillage, dió tiempo á sus enemigos para rehacerse. Volvió el jóven Rey al frente de sus guardias valonas, de un regimiento de irlandeses y dos de suizos á entrar en la ciudad, sembró todas

sus calles de cadáveres, arrojó á la bayoneta á los austriacos y quedó otra vez en posesion de su cuartel general. Entretanto el Príncipe Lobkowitz que debia atacar con nueve mil hombres el campo atrincherado que tenia el Rey de Nápoles en la altura llamada de los capuchinos, tardó demasiado en acometer, aunque todavía logró ocupar algunos puestos. Mas el fuego de los españoles que ocupaban la altura fue dirigido con tanto acierto y continuado con tanto valor, que cuantas veces intentaron los austriacos la subida, otras tantas fueron rechazados con inmensas pérdidas; de suerte que despues de algunas horas de tan obstinado combate, y viendo Lobkowitz que caian sus batallones enteros en el foso, no pudo menos de emprender la fuga y abandonar todos los puestos al enemigo.

Despues de la batalla cada una de las partes exageró extraordinariamente la pérdida de la otra queriendo aumentar su propia gloria; pero á decir verdad, puede juzgarse cuasi igual el honor adquirido en aquella jornada por ambos egércitos: porque no debe negarse á los austriacos el mérito de haber arriesgado uno de los golpes mas memorables, ni á los napolitanos el de haber sabido defenderse con santo valor y sacar de aquel gran peligro una completa victoria. Podemos deducir lo terrible é inminente que fue este peligro de dos hechos incontestables; á saber, que el Rey Carlos en todo lo restante de su vida observó un riguroso ayuno el dia 10 de Agosto en memoria de aquel suceso y en accion de gracias á Dios por haberle libertado; y el duque de Módena cuando mandó erigir una estatua ecuestre en la

calle nueva de su capital, quiso que se le representase en el acto de huir en la sorpresa nocturna de Velletri. Como quiera que esto fuese, lo cierto es que los austriacos continuaron su retirada, y el Rey de Nápoles les siguió al alcance hasta Roma, de donde el Príncipe Lobkowitz se dirigió á Viterbo y últimamente á Lombardia.

66. Deseoso el Rey D. Carlos de ver la capital del mundo cristiano y de avocarse con el gran Pontífice Benedicto XIV, envió al Príncipe de Santo-Bruno para que noticiase á su Santidad su próxima llegada y su deseo de visitarle al dia siguiente. En consecuencia de esta embajada fueron diputados los cardenales Valenti y Colonna para cumplimentar al Rey en nombre del Santo Padre en Villa-Patrizi, donde habia pasado la noche. A la hora determinada pasó en derecha su Magestad, circuido de toda su guardia, al palacio quirinal; apeóse á la puerta del jardin que corresponde al salon regio, donde fue recibido por el maestro de cámara y por los demás oficiales de palacio que le condujeron á la pieza en que le esperaba el Pontífice. Al entrar el Monarca en la estancia, levantóse el Papa, le salió al encuentro, y le abrazó y besó con singular ternura sin darle tiempo para arrodillarse. Permanecieron solos cerca de una hora los dos Soberanos, y despues recibió el Papa toda la córte de Nápoles á la ceremonia de besarle el pie. Terminada la ceremonia, salió el Rey de palacio, montó otra vez á caballo, encaminóse con todo su acompañamiento á San Pedro, y aunque habia entrado en Roma de incógnito bajo el nombre de conde de Puzol, sin

embargo al pasar el puente Sant-Angelo, le saludó la artillería del castillo como á Soberano. Comió en el palacio Vaticano á presencia de toda la nobleza romana que ya algunos siglos que no habia visto semejantes funciones. Por la tarde regresó á Velletri, y al dia siguiente á Gaeta, de donde se trasladó en compañía de la Reina á Nápoles. Renovóse entonces en esta ciudad una especie de entrada triunfal por las aclamaciones de los súbditos, de cuya fidelidad no podia ya dudar el Príncipe despues de haber recibido tantas pruebas de afecto y de adhesion en medio de las circunstancias críticas en que se vió y que tan felizmente supo terminar.

67. Algunos meses antes que viese Roma dentro de sus muros al Rey de las Dos-Sicilias, salió repentinamente de aquella capital otro Príncipe, no menos eminente por la grandeza de sus antepasados, que digno de compasion por la larga série de desgracias que sobrevinieron á su familia. Contábanse ya cincuenta y cuatro años desde que Jacobo II perdió la corona de la Gran-Bretaña, que pasó á adornar las sienes del Statonder de Holanda que se llamó Guillermo III de Inglaterra. El hijo de Jacobo II vivia en Roma reconocido en aquella capital con el nombre de Jacobo III, y en el resto de la Europa con el título de *Pretendiente* ó de caballero de San Jorge. El mayor de sus hijos, llamado Carlos Eduardo, Príncipe de Gales, reunia al ardor de la juventud y á los opuestos sentimientos de la condicion de su sangre y de su actual estado, un espíritu emprendedor y una firmeza de ánimo incapáz de acobardarse. Acostumbraba á decir repetidas veces que su cabeza debía ser ó cortada

ó coronada. Contaba con el apoyo de la Francia que habia sido por largo tiempo el asilo de su familia: y en verdad no era infundada esta esperanza, pues Luis XV se proponia establecer en el trono de Inglaterra un heredero de los Stuardos, y su ministro el cardenal de Teniemi, agradecido al *Pretendiente*, por cuyo medio habia obtenido la púrpura romana, trabajaba incesantemente para entronizar al primogénito de su bienhechor en uno de los tres reinos de la Gran-Bretaña. Tratóse este proyecto desde el principio tan secretamente, que nadie, ni aun dentro de la misma Roma, tuvo noticia de él, excepto los que le habian concebido y trataban de egecutarlo. El cardenal de Acquaviva que dirigia en Roma el hilo de esta gran tela como el de Tencin en París, fue de parecer que se cometiese la egecucion al hermano del ministro Luis XV. Convenidos en el plan, se fingió un viage de diversion á Cisterna, á donde debian pasar los dos nietos de Jacobo II, convidados por el duque Cayetano. Salió, pues, de Roma el Príncipe Cárlos Eduardo el dia 9 de Enero de 1744, dos horas antes de amanecer, y seguido de su ayo y de algunos domésticos se encaminó por la via de Albano hácia Cisterna. A poco de haber caminado dijo á su ayo que deseaba adelantarse tomando un caballo de posta, y tratando éste, como era natural, de oponerse á su resolucion, le respondió el jóven Príncipe con voz imperiosa que callase, y que así él como los demás ocultasen aquella resolucion hasta á su mismo Padre; y sin detenerse un momento tomó un caballo de los tres que se le habian preparado de antemano, y acompañado de dos confidentes siguió su camino

á todo correr. Luego que se apartaron los tres viageros de la vista de los demás, dejaron el camino real, tomaron la travesía que conduce á Frascati, donde el Príncipe y su primer confidente, que era el hermano del cardenal de Tencin, mudaron sus vestidos disfrazándose de modo que nadie les pudiese conocer y el tercero que no era mas que un criado ó palafrenero pasó á Cisterna para informar, como se le habia mandado, á la familia del Príncipe de que habiendo querido éste viajar á caballo, habia dado una caida y le era forzoso detenerse algunos dias en Albano. Entretanto Cárlos y su compañero volvieron por Frascati á las inmediaciones de Roma, apeáronse en Caprarola en casa del cardenal Acquaviva, haciéndose anunciar como un correo y un oficial español, y provistos de los pasaportes que el cardenal habia pedido á los embajadores estrangeros bajo el nombre de su pariente el marqués Spinelli, tomaron la vuelta de Toscana, viajando con tal celeridad, que en solos cuatro dias y sus noches llegaron á Génova. En Finale se embarcaron con direccion á Antibes, desde donde atravesando la Francia con la misma rapidéz que la Italia llegaron á la córte de Luis XV.

68. Por mas que se habia procurado ocultar el viage y la causa que lo motivara, no pudo ya guardarse el secreto desde que el Príncipe llegó á París. Informado, pues, el gobierno de la Gran-Bretaña, mandó á su embajador en Francia representar al gabinete de las Tullerías, que en virtud de la páz de Utrecht se habia obligado el Rey Cristianísimo á renunciar á la proteccion concedida al *Pretendiente* y á hacerle salir de su reino; por

lo que debia igualmente negar toda acogida y proteccion y precisar á salir de sus dominios al hijo de Jacobo III. La contestacion del gobierno de Francia fue, como debia esperarse, poco grata al ministerio británico, á quien á mas inculpó de haber contravenido al tratado de Utrecht. Añadióse á esta respuesta otra noticia no menos interesante, á saber, que la Francia hacia secretamente todos los preparativos necesarios para conducir al Príncipe Stuardo á Inglaterra, á cuyo fin habia mandado Luis XV armar con toda presteza en Brest y Rochefort veintiseis buques de guerra. Recibidas estas nuevas, mandó el Rey de la Gran Bretaña informar á las dos cámaras del parlamento de que se trataba en Francia de invadir sus reinos de concierto con el partido de rebeldes que se formaba en las islas; pero que asegurado su Magestad de la fidelidad y afecto de sus cámaras, no dudaba que le asistirian para inutilizar cualquier empresa dirigida contra su real persona y su gobierno, y contra la Religion, las leyes y la libertad de sus dominios. En contestacion á este mensaje de la corona, resolvieron unánimemente ambas cámaras presentar un escrito al Rey dándole gracias por la confianza que hacia de su parlamento, y protestando que tomarian con todo el ardor de su celo las medidas mas eficaces para desvanecer los proyectos de sus enemigos así interiores como exteriores, y que en caso necesario sacrificarian sus bienes y sus vidas por la conservacion del Rey y de la real familia. Cuatro dias despues se presentaron las dos cámaras al trono para entregar á su Magestad aquel escrito, y á su imitacion hicieron lo mismo por medio de sus diputados

todas las comunidades de la capital y de las provincias, no solo de Inglaterra, sino tambien de Escocia é Irlanda.

Entre todos estos cuerpos se hizo de notar la diputacion de los cuácaros y su alocucion, que basta por sí sola á dar una idea del carácter de esta secta que desprecia toda distincion y muestras de respeto por elevada que sea la dignidad de la persona á quien se dirigen. „Nosotros, decian á Jorge II, tus fieles y pacíficos súbditos, interesados ardientemente en la seguridad y conservacion de tu real persona, de tu familia y de tu gobierno, nos acercamos á tu trono para declararte cuánto detestamos cualquiera conjuracion dirigida á abolir nuestra libertad y á introducir el catolicismo y la potestad arbitraria....” Tal es el language de estos sectarios que se glorían de una independenciam absoluta, y que si en esta ó si en alguna otra ocasion se han mostrado adictos á las potestades constituidas, no tuvieron otras miras que su propio interés y seguridad.

En vista de tales y tan afectuosas demostraciones de todas las clases del estado, no podia comprender el gobierno de la Gran Bretaña en qué se fundaba la Francia para intentar una invasion en el reino; y subió aun de punto su admiracion cuando el Rey, en virtud de un decreto de la cámara de los comunes, habia obtenido la facultad de apresar á cualquiera que se hiciese sospechoso de conjuracion contra su persona ó contra su gobierno. Hiciéronse rigurosas pesquisas en toda la estension de la isla, mas no pudo descubrirse ni la menor sombra de rebelion, ni fue necesario hacer uso del poder ilimitado concedido al Rey, que no se empleó mas que en

enviar á la torre á algunas personas de baja condicion. Tomáronse sin embargo las grandes medidas practicadas ya en 1708, cuando en medio de la guerra de sucesion de España proyectó la corte de Versailles colocar á Jacobo III en el trono de Escocia, cuyos pueblos se mostraban malcontentos de la union de su reino al de Inglaterra, decretada y llevada á efecto por la Reina Ana. Dirigíanse principalmente estas medidas á poner á cubierto de cualquier tentativa los puertos y playas de todo el reino. Con respecto al interior del estado se publicó un edicto renovando todas las actas hechas en diferentes épocas por el parlamento para la seguridad de la persona y del gobierno real. En virtud de este edicto se mandó cerrar la capilla católica llamada de Lincoln-Innfields, y se intimó á todos los católicos salir de la ciudad y arrabales de Londres dentro el término de diez días, prohibiéndoles situarse á menos de diez millas de la ciudad, so pena de ser castigados con todo rigor: ¡tal era el estado de abatimiento á que estaban reducidos los católicos, y el odio enconado con que los miraban los anglicanos, aprovechándose de cualquiera ocasion para perseguirlos!

69. No se perdió un momento en Francia desde la llegada del Príncipe Stuardo, activándose cada dia mas y mas los preparativos de aquella grande empresa. Reunióse en Brest, por orden de Luis XV, una escuadra de veinte navíos de línea y un sinnúmero de trasportes con un egército de desembarco. Mandaba esta espedicion el conde de Sajonia, en cuya nave entró el Príncipe Eduardo en el momento de hacerse á la vela. Al entrar

en el canal de Inglaterra formáronse tres divisiones de la escuadra, de las que la primera tomó el rumbo hácia Rent, la segunda se estacionó entre Calais y Boloña, y la tercera avanzó con direccion á Dunkerke. Veíase ya próximò el término de la navegacion: el descendiente de tantos Reyes de Inglaterra y Escocia saludaba ya desde su nave las playas de su pátria, y creia llegado el momento de recobrar la herencia de sus padres. Pero ¡vanas esperanzas! una repentina y furiosa tempestad destruye en un momento los proyectos del Príncipe y del gabinete de Versailles. Los buques de trasporte, dispersados por la furia de los vientos, no pueden sostenerse y son reconducidos con inmensas pérdidas á las costas de Francia. Algunos soldados que despreciando los peligros se arrojan al agua y ganan la ribera opuesta, perecen miserablemente á manos de los ingleses. El jóven Príncipe queria continuar la espedicion con solo su navío que habia logrado acercarse á tierra mas que los otros; y no atendiendo mas que á su valor, preparábase ya á desembarcar, persuadido de que su presencia en la Gran-Bretaña le atraeria suficiente número de partidarios para formar un egército; mas no fue posible efectuar este golpe no menos magnánimo que desesperado. Las disposiciones tomadas por el gobierno británico, y mas aun el furor de los mares, no le permitieron poner por obra su arriesgada resolucion, y se vió precisado á abandonarse á merced de los vientos que le arrastraron á la ribera de donde habia salido.

Despues de esta desgracia esperó Cárlos Eduardo en París cualquiera otra coyuntura favorable á sus ideas.